

RECREO COMPOSTELANO.

DIRECTOR I REDACTOR PRINCIPAL, D. ANTONIO NEIRA.

GALERIA CONTEMPORANEA.

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA (FIGARO).

Nadie en España heredó el espíritu de *Figaro*; la pluma de Larra, como la peñola del gran Cervantes, permanecerá sobre su tumba, sin que nadie la levante.

PIFERRER.

Preliminares.

COLOCADOS sin pensarlo á la cabeza del movimiento literario de esta provincia que ora se pierde en fútiles ensayos, ora le esterilizan las exigencias del interes i de la novedad, estamos en la obligacion de comenzar nuestra *Galeria contemporanea* por el profundo i malogrado Larra, desde cuya muerte empezó á brillar en España esa jeneracion filósofo-poeta que todo lo somete á

Núm. 4.

Febrero 26.

Tom. 2.º

su examen, i que pulsa con tanto acierto la lira de los amores, como el laud del sentimiento i del entusiasmo. Hay aun mas: hoy revive en todos los corazones la llama apagada del entusiasmo, en todas las conciencias se renueva la admiracion quebrada por el aluvion literario, como un frajil pero lozano tronco que sucumbe al Niágara, i el silencio que sucedió á la catástrofe, i la indiferencia que siguió á la aparicion del astro, hoy se rompe, quiébrase, se desata; i Larra vuelve á vivir por pocos dias en el alma del pensador, en la pluma del poeta i en las miradas abatidas de los que presidieron su nuevo homenaje religioso. Larra, este nombre consignado únicamente en el cementerio, i en unas pocas lineas de poesia á borbotones, i en una poesia elejiaca, Larra cuyas pájinas son muy poco leidas de muchos, menos comprendidas de los mas, i miradas con una aparente indolencia, hijas tambien de la indolencia del filósofo que nunca quiso pasar de *folletinista*, i de las moralidades políticas que le proscibieron, ó de las ímoralidades literarias que le olvidaron, Larra, pues, merece un detenido examen tanto mas cuanto por los años en que vivió, i por el sistema sicofanta para su época, qué desplegó en sus escritos. Larra en todo reconocia algo; no aplicaba la mano á la luz: su examen era una mirada, i con ella completaba lo anatomia. Añadase á esto su talento de comparacion, su tino, su profundidad: sus ojos eran puñales que herian no lo exterior, lo que todos veian, lo que los

miopes admiraban, i los presbites contemplaban; sino lo interior, lo latente, la conciencia, el foco, la realidad.
(Continuaremos.)

Con mucho gusto damos á conocer de nuestros lectores el siguiente cuadro retocado con muy buenas pinceladas, i donde el aventajado escritor que le ha concebido, hizo gala de su imaginacion i talento.

¡POBRE VICTIMA!!!

(Novela orijinal)

I.

Pero en viendo tu sonrisa

No sé lo que pasa en mi.

VILLER GAS.

ERA una tarde de invierno: el sol se ocultaba detras de los grandes edificios de la capital de España, dorando las cúspides i los tejados de los campanarios. El reló del *Buen Suceso* de Madrid daba las cuatro i una multitud de elegantes de ambos sexos bajaban por la calle de *Alcalá* hácia el paseo del *Prado*.

Mi amigo Fernando i yo formábamos parte de uno de aquellos cordones de jente é íbamos conversando ó mejor dicho filosofando sobre la virtud de las mujeres: único punto de que me hubiera atrevido á filosofar.

Fernando se precia de acérrimo enemigo de las mujeres; pero debo decir en su favor que no sabe estar mas que entre ellas á todas horas.

Esplicábase de este modo, mientras que yo confrontaba mi reló con el que había dado la hora.

—Amigo, no estamos conformes; no creo en la virtud de las mujeres i estoy por decirte que hasta....

*

—Alto ahí, Fernando, le interrumpí algo acalorado, no soy de tu parecer i te diré que hay algunas que pueden competir con la misma *Diosa de la Castidad*.

Advertí que una jóven que iba delante de nosotros, nos miraba como si tomase parte en la discusion. Mi amigo continuó:

—Te digo que no hay ninguna mujer virtuosa... miento, hay una, añadió fijando su vista en la jóven que nos examinaba i adelantándose para verla á su gusto.

Despues volvió á reunirse conmigo i enlazando el brazo, dijo acentuando cada una de sus palabras:

—Amigo te concedo cuanto decias poco hace i creo firmemente que hay mujeres virtuosas i aun ánjeles en la tierra.

Todas estas palabras iban dirijidas á aquella joven, cuyos ojos no nos abandonaban. Llamome esto la atencion i tratando de distraer á Fernando, le dije á tiempo que entrábamos en el *Prado*:

—Que calor hace! parece un día de verano!

Pero él no me oia, contemplando siempre á la niña que íbamos siguiendo. Al ver que no podia sacarle de su éstasis, varié de conversacion i le pregunté:

—¿Te acuerdas de aquella bonita muchacha que tanto te gustó la otra noche en el baile del *Circo*?

Esta vez habia oido muy bien; dirijíome una mirada, cuyo sentido comprendí perfectamente i no volví á profirir la menor palabra.

Fernando tiraba de mi brazo de tal modo, que creí se ponía malo i le propuse que nos retirásemos. Centellearon sus ojos i me dijo sonriéndose:

—¿Írme de aquí! estás loco? no conoces que tendria frio?

—¿Frio! que disparate estás diciendo?

—Sí, frio: porque el sol que calienta hoy al universo está aquí... en el *Prado*; si salgo de él me helaré.

Me ref en mi interior; pero Fernando era poeta i no estrañe que delirara ó al menos que una ilusion le trastornase el sentido hasta el punto de recordar una ráfaga de aquel romanticismo que solo consistia en las vehemencias de una pasion que debia concluir con el puñal ó el veneno.

Nada le dije conociendo que cuando saliera del *Prado* ó viese á otra mujer, olvidaria á aquella; aunque él se jactaba de aborrecerlas á todas.

No me admiraba la locura de mi amigo ni sus inspiraciones, sino las miradas penetrantes que nos fijaba aquella mujer anjelical. Era esta uno de esos seres que para pintar su rostro basta decir que se llevan detras los ojos i el corazon del que las contempla un instante.

Mi amigo se adelantó últimamente para hablarla, sin hacer caso del tiron que le dí del frac que estuvo á punto de ceder i la dijo tomando una postura elegante:

—Hermosa niña, me permitirá V. que la acompañe, es decir, que disfrute el alto honor de ir á su lado i respirar su aliento?

La señora que iba con la *hermosa niña*, miró de pies á cabeza á mi amigo, que estaba algo cortado i le dijo con seriedad:

—Con mas razon debe V. permitirme, caballero, que estrañe esa confianza!...

—¿I por qué? interrumpió la divina criatura; me gustan mucho los caballeros amables como el señor i aun me atreveria á decir. ..

—¿Qué!... preguntó Fernando con la ansiedad que un sediento mira el agua antes de llevarla á los labios.

—Nada, respondió la señora con gravedad, i apretó el brazo á su compañera.

Esta, sin cuidarse de la seña, dirijió á Fernando una sonrisa que hubiera vuelto loco al hombre mas sensato

del mundo; i él se dirijió hácia mí, trémulo i con la alegría pintada en su semblante.

Atónto repetía entre mí las palabras de la joven, i consideraba á mi amigo que no se alejaba de ellas.

La señora mayor miró con descuido si no las seguíamos para aprovechar la ocasion; pero Fernando sin cuidarse de la multitud que pisaba ó empujaba, no habia perdido su puesto i soltando mi brazo le ví ir detras de ellas aunque á alguna distancia. No quise abandonarle i las seguí yo tambien sin que mi amigo lo notase.

Un cuarto de hora despues, entraron las dos señoras en una casa de buen aspecto de la calle del *Príncipe* i el joven poeta tomó las señas,

II.

Un baile es el sueño de una noche
sin sueño. ARNOULD.

Las nueve de la mañana del dia siguiente corrí á casa de Fernando i como le encontrase roncando, le desperté diciendo admirado:

—Creía que los enamorados no dormian como lirones.

—¿I por que no? me preguntó bostezando.

—Porque deben pensar en otra cosa que en dormir.

Hice que se levantara i mientras se vestia me contó: que sabia la casa de la niña del *Prado*, i que esperaba triunfar, pues la habia visto en el teatro de la *Cruz* por la noche, i le habia manifestado la misma atencion i el mismo afecto.

Salimos de paseo i mi amigo me propuso que fuéramos aquella noche al baile de máscaras de *Villahermosa*; acepté i nos citamos á las once en su casa.

No falté á la hora; Fernando estaba ya esperándome i echamos á andar.

Penetramos en el suntuoso salon de *Villahermosa* desechando toda idea de tristeza ó pesadumbre. Allí solo nos quedaban las ilusiones doradas que proporciona un baile i entre el bullicio i la orquesta corría el tiempo entregados á aquella especie de delirio.

No haría una hora que estábamos allí, cuando una *valenciana*, abandonando el brazo del que la acompañaba, corrió hácia nosotros i agarrándose á Fernando, le dijo con dulzura:

—Bailarás conmigo ¿no es verdad?

—Con mucho gusto, linda *valenciana*. Si vieras cuan feliz soy en que me saques tu....

—¿De veras! i por que eres feliz?

—Porque estando á tu lado no puede menos de serlo ningun mortal.

—Ah! como te burlas!...

Mi amigo sin duda habia conocido como yo á la *valenciana* por la familiaridad con que le trataba i ambos se perdieron en el tropel.

Formaba conjeturas acerca de esta mujer singular i no podia menos de decir en mi interior:

—“Esta debe ser una muchacha que quiere engañar á Fernando ó los dos se conocen de antemano.”

Mis pensamientos se confundieron con los sonidos de la orquesta que me avisaba debía ocuparme de mi mismo.

Acabo aquel rigodon é iba conversando con mi pareja, cuando veo á mi amigo con la misma *valenciana* que traía la cara descubierta.

Era ella: la jóven del dia anterior.

Mi pareja al verla exclamó como admirada:

—¡Ah! quien está en el baile!

—¿Que dices, hermosa? me apresuré á preguntarla.

Me dejó con la mayor ansiedad, porque se reunió á sus compañeras, despues de haber hecho un ligero saludo

para darme las gracias i siguió hablando con ellas en voz baja i sonriéndose con ironia.

Mi curiosidad se aumentaba i á todos mis conocidos les pregunté; pero unos no sabian quien era i otros afectaban no saberlo.

—“Qué misterios encierra esta mujer?” me decia á mi mismo.

Procuré buscar á Fernando i viendo que no le encontraba en ninguna sala, me alarmé. Ella tampoco estaba allí, porque habia oido á dos máscaras preguntar por ella.

En valde me cansé i tuve que volverme al salon i confundirme allí entre tantos dichosos de una noche.

III.

Si algun placer verdadero

Disfrutas aqui, sultana,

Olvidalo tú mañana,

Que yo no me acordaré.

ZORRILLA.

Dos horas despues daba el reló las cinco i estrañaba la ausencia de Fernando, cuando le veo entrar con su *valenciana*, muy trastornadas sus facciones.

Sus compañeras la vieron i al instante fueron á reunirse con ella. Mi amigo les dijo:

—Le ha dado un ataque convulsivo i he tenido que estar allá dentro hasta que se repusiera.

Las señoras le miraron fijamente i Fernando sin concertarse las saludó corriendo en mi busca. Al instante le pregunté:

—¿De donde vienes, Fernando?

—Ya te lo diré, contestó sonriéndose.

—Cuéntame al momento donde has estado; porque sentiria que hubieras hecho una calaverada!

—Ven i hablaremos.

Entramos en el ambigü i nos sentamos en una mesa, donde pedimos de cenar. Fernando refirió lo siguiente:

—Cuando bailé con esa muchacha encantadora, conocia quien era ó al menos lo sospechaba por sus demostraciones; despues del Wals venimos á esta sala, donde la supliqué que se quitara la careta. No me habia engañado: era ella, con la diferencia que me pareció hoy mucho mas hermosa que ayer.

Me dijo que tenia calor i la propuse si queria pasear un rato por la calle... i aceptó. Salí del baile i subimos en un carruaje, sin que ella manifestara la menor admiracion ni el menor sobresalto cuando entramos en casa i estuvimos solos.

No tengo que decirte mas que correspondió á mis demostraciones amorosas.... Además era mujer i no hubiera tenido otra resistencia para oponerme que su amor; el amor que aparentaba i que debia tenerme, porque esta muchacha habrá sido muy virtuosa....

—Que diablura! le dije.

—Aun no he concluido, prosiguió Fernando.—Pocos momentos despues, cuando la proponia que volviésemos al baile, brotó fuego de sus ojos, se arrojó sobre mí i quiso destrozarme, haciendo que acudieran los criados. La recostamos i poco á poco fué calmándose, acompañándola hasta aquí con miedo de que volviere á acometerla otro acceso en el carruaje.

—Es particular esa aventura i debemos informarnos quien es esa desventurada muchacha.

Acabamos de cenar i volvimos al salon, donde encontramos á nuestro amigo Luis, que siguió paseándose con nosotros.

Un minuto haria que estábamos con él, cuando pasó nuestra desconocida muy cerca i ambos preguntamos á Luis:

—¿Quién es esa joven?

Luis preguntó sonriéndose

—Esa *valencianita* tan linda?

—Sí la misma.

—Pobre muchacha! es loca!

—¿Loca!

—Sí su locura consiste en amar á todos los hombres; esa joven se perdería si su familia no la tuviese muy sujeta.

Fernando i yo nos miramos maliciosamente i Luis continuó:

—Se llama Lucía i pocas veces le dan grandes arrebatos de locura.... pero van á bailar. Adios.

Fernando me agarró del brazo i conocí que temblaba. Entonces le dije:

—¿Que has hecho?

—No lo sé; vámonos.

T. GUERRERO.

Madrid.

A la Señorita Doña Paquita Madoz i Rojas

IMPROVISACION.

NIÑA que en edad dorada

Sin angustias ni dolores

Del destino acariciada

Libre el pecho de temores

Jugueteas descuidada;

Goza en tus días risueños

De tu inocente ilusion,

Rie en tus dulces ensueños,

Porque han de llegar los sueños

Que amargan el corazon.

Que aunque naciste divina
I eres tipo de candor,
Ni esa tu tez purpurina
Ni tu virtud peregrina
Te han de librar del dolor;

Porque es la vida una estrella
Que alumbra para sufrir,
I mas se abrasa con ella
La criatura mas bella
Que ve su virtud lucir.

Goza, pues, ¡ay! placentera
En tus dias infantiles,
I sigue tan hechicera
Con tu risa lisonjera
Diciendo gracias á miles:

Que así tus padres te admiran
Con entusiasmo sin fin,
I mas amantes suspiran
Cuantas mas veces te miran,
Porque eres un serafin.

No ves á la flor naciente
Que abre su hermosa corola,
I mecida mansamente
Dó quier le halaga el ambiente
I le ciñe su aureola...?

Así, pues, á tu existencia
Le halaga como á la flor,
Que pura por excelencia
Flor eres con seductor
Perfume de la inocencia.

Sigue, pues, entre ilusiones
I ve tus dias pasar,
Ignorando que hay pasiones
I que suelen desgarrar

El alma las aflicciones.
 I corre despues gozosa
 Con entusiasmo pueril,
 Cual versatil mariposa
 Que vaga de rosa en rosa
 En perfumado pensil;
 Pues pronto pasan risueños
 Los dias de la ilusion
 Con esos dulces ensueños,
 I llegan los tristes sueños
 Que matan el corazon.

Madrid.

GREGORIO V. DE DARGALLO.

D. PEDRO EL CRUEL EN MONTERREY.

EPISODIO HISTORICO. - - 1566.

(Conclusion.)

III

El consejo iba á celebrarse i el Arzobispo de Santiago respondiera con el silencio al homenaje del rey D. Pedro. La rabia i la desesperacion ajitaban profundamente el corazon de todos los caballeros; pero la venganza no podria ser el arma con que conjurasen la tormenta: por eso el rey da á su semblante la sonrisa amarga de un infortunio impensado. Muchos son los que con D. Pedro van á decidir si será mas conveniente que se detenga en Galicia, ó si se embarque con direccion á Inglaterra; Suer Iañez de Parada, Juan Perez de Oca, Martin Lopez de Cordoba, Diego Gomez Castañeda, Juan Alfonso de Mayorga, Pero Fernandez de Vaca, su Canciller de sellos, Alonso Gomez Churruchao i Juan Diente se ven sentados en mullidos escaños, i sus semblantes son iluminados por la páli-

da luz que se descuelga de altas i estrechas celosias. Todo ello tenia apariencias de una traicion, en todo se veia pintada la desgraciada suerte de un monarca orgulloso i prepotente. Por repetidas veces quiso este desplegar los labios para dar principio á tan penosa deliberacion, pero temia que brotasen de ellos los secretos pensamientos que revolvia en su mente: era un leon atado que queria finjirse zorra. De repente, luego que dirijió una profunda mirada á todos sus fieles caballeros, mirada que podria rejistrar hasta el fondo sus corazones, rompe el silencio i dice:

— Mis amigos: ya sabeis la respuesta que el Prelado dió á nuestro mensaje; ello indica que se declara en rebeldia, i justo será tambien que empleemos todo nuestro ardid para separarle del precipicio á que se lanza. En tanto que no cuente con mas fuerzas, yo no vuelvo á Castilla, cuando Soria, Zamora, Logroño i otras villas i ciudades se entregaron á mi bastardo hermano, i así quiero me digais si me detendré en Galicia, como desearia para frenar á los que tanto conspiran contra mí, ó si partiré á Inglaterra para hablar con el príncipe de Gales. Responded con lisura porque no teneis delante á vuestro rey, sino á un compañero de infortunio.

Un momento de silencio siguió á estas últimas palabras, i el rey frunció las cejas como reprendiendo á los que con tanta indiferencia acojieran su confianza. En seguida Suer Iañez de Parada responde con ademan brioso—Plácenme vuestras palabras, cuando no faltan en Galicia 2000 hombres i 500 jinetes á vuestras órdenes. Con estos i los 200 que traeis, podemos entrar en Santiago i allí apagar la hoguera que empieza á encenderse en el palacio de D. Suero.

—¿I no temeis cualquier traicion?... á fé que sobrarán Vellidos Dolfos--interrumpe Diente.

—No,—repone Parada--no la temo porque todos saben por Cristo lo bien quistos que estamos de nuestras armas.

—Pero deben saber tambien--prosigue Mayorga--que nada alcanzamos con vernos de esa suerte al borde de un precipicio ¿con cuantas villas i castillos contamos?

—Los castillos nada valen si no hay jente,—dice el canciller de sellos--i no debeis olvidar la terrible prediccion que tiene el rey D. Pedro sobre su cabeza....

—Los castillos valen--prosigue Mayorga--para una retirada.

—Retirada!--esclama D. Pedro encendidas de cólera sus mejillas--vive Dios que estraño tal pensamiento en boca de un caballero.

—Nos acosarán por todos lados....

—I por todos lados sufrirán arremetidas.

—Antes que todo--interrumpe Castañeda--debemos cortar al alzamiento su principal cabeza.

—En buen hora.

—Caiga esa cabeza--responde D. Pedro--¿confiais en ello?... pues no dudeis que vacile.

—Caiga!!! dicen muchos á la vez.

—Pues á Santiago- prosigue el rey--i allí ó nos rinde el Arzobispo pleito-homenaje, ó perecerá á nuestras manos donde quiera que le hallemos.

—Bien dicho!--murmura un caballero con el que seguramente no se contaba en el consejo, i todos se levantan azorados, reflejándose en el rostro de D. Pedro un sobresalto glacial i una serenidad amarga.

Este caballero era Fernan Gomez Churruchao i tierros fueron por Dios la entrevista i los abrazos de su padre.

—Vive Cristo, que no os hacia hoy aquí--le dice al punto el rey despues de conocerle.

—Señor--contesta Fernan Gomez--vengo á deciros

que sabiendo en Santiago de vuestra llegada aquí, tratan de dar muy pronto el grito por D. Enrique. El Arzobispo está armando á muchos sublevados, el Dean fortificó las puertas de la ciudad, i el dia señalado es...

—Acabad--los ojos de D. Pedro centelleaban de cólera.

—El dia de Corpus.

—¡Execracion!--dicen algunos, mirándose con espanto i llevando el que mas i el que menos sin pensarlo, la mano á la espada como en señal de una violenta sacudida.

—Yo vengo tambien--continua Fernan Gomez-- á ofrecer mi debil brazo que sabrá lavar el ultraje que acaban de hacer los sublevados por orden de D. Suero, en el palacio de mi padre.

—Qué ultraje?... esclama el anciano Churruchao deseando sorprender el secreto en boca de su hijo.

—El de que acaban de pegar fuego á vuestro palacio, solo porque sois partidario del rey D. Pedro.

—Ese baldon--prorrumpen todos--hemos de lavarle pronto con la sangre de esa canalla.

—Si vos me seguís, yo juro delante de Dios que nunca vestiré armadura, ni dormiré en poblado, ni comeré pan á manteles, ni rasuraré mis barbas si no doy muerte afrentosa al Prelado que así tuvo en poco nuestro solar.

—Brabo, rapaz--dice D. Pedro--por Dios que sois brío como un corcel de Cordoba. En vos confío, i todos os seguirán. A Santiago...

—A Santiago!--concluyen los caballeros del consejo i separándose, dentro de una hora ya se veia salir del Castillo de Monterrey una cavalgada de 200 jinetes en pos del rey i de sus leales servidores con direccion á la antigua Compostela.

IV

El dia 20 de junio de 1366 una nueva desastrosa cu-

bria de luto á Santiago. Su virtuoso Prelado acababa de ser asesinado á las puertas de la Catedral por Fernan Perez Churruchao, i esta violenta muerte ha llegado hasta nosotros por boca de una tradicion retocada con colores harto fabulosos i romancescos.

Pensil literario.

La improvisación que nuestros lectores verian en su lugar, merece de nosotros las calificaciones mas ventajosas. No otra cosa esperabamos del Sr. Dargallo, á quien conociamos ya por sus trabajos del periodico *Esmeralda* de que era director, i porque reune siempre á su fluidez i gala, un talento poético muy envidiable i una orijinalidad lírica.

El *Museo de familias* ha sido recomendado por toda la prensa periódica de Madrid: prueba de las muchas simpatias que recibió en la Corte.

Los mas escojidos jóvenes literatos de Madrid van á publicar muy luego una coleccion de novelas con el título de *Crónicas españolas*. En el teatro tambien habrá novedades de Zorrilla i Rubí.

En Sevilla va crearse un *Ateneo*. En esta ciudad un *Instituto médico*, despues de la *Academia literaria* de los profesores de primera educacion.

Errata del N. 5. Pág. 57 lin. 23 dice 60.000 léase 6.000.

Santiago: Imprenta i litografía de J. Nuñez Castaño, editor. 4843
